

Cuando leo en los periódicos que millares de jóvenes recorren cada año la ruta de Katmandú y buscan los paraísos de evasión de la marihuana y el sexo, me hago cruces gamadas y comento invariablemente (sólo dos o tres veces he comentado otra cosa): «¡Señor! ¡Señor!». Cuando mis ayudantes oyen este comentario saben que estoy triste y me dan una copita de moscatel con dos cubitos de hielo y una rodaja de limón. Es un detalle que agradezco, aunque no lo digo. Tal como se ha puesto el servicio, sólo faltaría que fuéramos con melindres. Al que le tengo más deferencias es al pobre Martín, que está completamente loco, aplastado por la manía de los disfraces. Esta mañana mismo ha aparecido disfrazado de animalazo.

—¿De qué es ese disfraz?
—De hipopótamo con viruelas.
De la enorme boca del paquidermo salía una cara que me recordaba mucho a Greta Garbo con gafas de sol.
—Pero usted no es Martín Bormann.
—¡Lo he conseguido, jefe! ¡Hasta a usted le he engañado! Es que debajo del hipopótamo llevo un disfraz de Greta Garbo.

Pobre necio.
Bueno. El tema de la juventud me viene sugerido por una noticia que considero atroz. Millares de jóvenes se han manifestado en Estocolmo en un intento de desmitificar la Conferencia sobre Contaminación del Medio Ambiente. No es que a mí la conferencia me caiga bien, porque no desconozco su condición de plataforma para el blandenguismo pacifista, pero las actitudes levantiscas

de la juventud me sacan de quicio. Es una cuestión de principio de autoridad. O respetamos esta convención o nos vamos a la mierda.

Me he irritado tanto, que he enviado un comando a Estocolmo para que me raptaran a un «contestatario». Quería tener una «tête a tête» con él. Mi comando ha llegado a Estocolmo y a los veinte minutos me ponía una conferencia.

—Jefe, que no quiere venirse con nosotros.

—¿Qué dices, animal? ¿Desde cuándo hay secuestros voluntarios?

—Está muy fuerte el chico este y no estamos ya para según qué trotes.

—¡Buscad uno más débil, idiotas!

Diez minutos después, de nuevo conferencia con Estocolmo.

—Este dice que sólo viene si le pagamos después quince días de vacaciones en la playa.

—¡Las condiciones las pongo yo!

—Dice que nada de nada. Nos ha preguntado además si era necesario vacunarse contra el cólera, porque es alérgico a las vacunas.

He tenido que ceder, y cuatro horas después estaba ante un «contestatario» de Estocolmo. El lechuguino

me traía un ramo de flores. Yo no he dicho ni pío; ante su pasmo, me las he comido con un poco de margarina. El «contestatario» me ha mirado entonces con más respeto.

—Mire, yo le imaginaba diferente.

—¿Cómo me imaginaba usted?

Estaba, por qué negarlo, halagado.

—Pues como en el cuadro de la Coronación o como en el cuadro del desastre de Fontainebleau.

He llamado a mi comando y le he dicho en un aparte que aquel imbécil me confundía con Napoleón.

—¡Chist, jefe! ¿Le ha dicho usted que no es Napoleón?

—Todavía no.

—Es que le hemos dicho que Napoleón quería verle, porque si sabe que se trata de usted, no hable ra venido.

Por suerte para él, el comando aún conserva piernas más ágiles que las ruedas de mi silla de parálitico.

He vuelto ante el joven «contestatario» dispuesto al descabello.

—¿Así que usted se ha creído que yo soy Napoleón?

—Hombre. Ya me extrañaba, por que han pasado tantos años desde Waterloo, que sería usted un prodigio de conservación.

—Y usted, ¿a qué se dedica, joven?

—Soy profesor de Harvard.

—¿Auténtico?

—Cosecha del sesenta y seis.

—Tenía muchas ganas de tenermelas con un cabeza de huevo americano. Dígame, ¿por qué protestan de todo? ¿Por qué protestan ahora de esa conferencia blandengue y pacifista de Estocolmo? ¿Por qué...?

—Peor que la contaminación son el napalm y las bombas norteamericanas.

—¡Chist! ¡Cuando las personas mayores hablan, los jóvenes guardan un respetuoso silencio! A ver esas manos. ¿Usted cree que es manera de llevar las uñas? Vaya a lavarse las manos y vuelva.

Me ha obedecido. Yo sentía acelerarse los latidos de mi corazón. Por fin alguien me obedecía como en los viejos tiempos. ¡Es el sistema a emplear con los jóvenes! ¡En el fondo, están esperando la voz de mando! ¡Los padres han desertado de la función viril y se han convertido en madres! He clavado mi ojo inmóvil en la puerta para impresionarle. He conseguido aguantar este gesto durante seis horas. Por fin he llamado a mi comando.

—¿Dónde está ése?

—Creía que lo sabía. Me ha pedido el dinero para las vacaciones en la playa y se ha marchado. Por cierto, que me ha hecho un comentario muy simpático sobre usted.

—¿Qué le ha dicho?

—«El viejo es encantador, pero le huele el aliento».

¡La manía de la cocinera de ponerle ajo hasta al «soufflé» de queso! ¡Señor! ¿Señor!

LA CORRUPTA



JUVENTUD

Adolfo

